

Las piezas sobre el tiempo de J. B. Priestley y el nuevo modelo del Universo de P. D. Ouspensky

Hiber Conteris

Resumen

Es bien conocido el interés del novelista y dramaturgo inglés J. B. Priestley en el problema del tiempo, tanto desde el punto de vista filosófico/científico como artístico/literario. Sus llamadas "piezas sobre el tiempo" (*Esquina peligrosa*, 1932; *Yo estuve antes aquí*, 1937; *El tiempo y los Conway*, 1937 y *Ha llegado un inspector*, 1946) encaran distintos aspectos de esta problemática, como el fenómeno del llamado *déjà vu*, la irreversibilidad del tiempo, la anticipación en el tiempo a un suceso, etc. Este interés llevó a Priestley a una prolongada y, para su época, exhaustiva investigación a la vez científica y filosófica sobre la naturaleza de esta dimensión de la experiencia humana y de la propia constitución del universo que finalmente dio lugar a un volumen profusamente documentado titulado *Man and Time* (London, 1964). Uno de los enigmas que más cautivó a Priestley en relación con la experiencia fenoménica del tiempo fue la *teoría de la recurrencia*, que él encontró especialmente desarrollada en la obra del filósofo ruso P. D. Ouspensky *A New Model of the Universe* (New York, 1931). En este trabajo me propongo investigar de qué manera la lectura del libro de Ouspensky influyó en Priestley, tanto en la composición de sus propias piezas teatrales como en el estudio que llevó a cabo sobre el tratamiento del tiempo en algunas de las obras de ficción más representativas de la literatura contemporánea.

Abstract

It is a very well known fact the interest of the playwright and fiction writer J. B. Priestley on the problem of time, either from the philosophical/scientific or from the artistic/literary point of view. His so called "plays about time" (*Dangerous Corner*, 1932; *I have been here before*, 1937; *Time and the Conway*, 1937; *An Inspector has arrived*, 1946) focused on different aspects of this problem, like the so called *déjà vu* phenomenon, the irreversibility of time, the anticipation in time to a particular fact, and so on. Because of his interest on this subject, Priestley undertook an extensive and exhaustive research both scientific and philosophical about this dimension of the human experience and the constitution of the universe that finally was published in a very well documented volume under the title *Man and Time* (London, 1937). One of the enigmas Priestley was most concerned with in relation with the experience of time as a human phenomenon was the *theory of recurrence* that he found especially developed in the work by the Russian philosopher P.D. Ouspensky *A New Model of the Universe* (New York, 1931). My intention on this presentation is to investigate the influence of the Ouspensky's book both on the writing of Priestley's plays and on the research that he carried on about the way in which the notion of time was presented on some of the most representative works of fiction in contemporary literature.

1. Cuando levantamos la vista hacia un cielo estrellado, a pesar de que nuestra visión del espacio es uniforme y simultánea, sabemos que estamos contemplando (el verbo contemplar puede resultar aquí

inadecuado y paradójico) una multiplicidad de tiempos diferentes: estrellas que murieron millones de años atrás, cuya luz, sin embargo, sigue llegando hasta nosotros; y, en el otro extremo, zonas oscuras e impenetrables del espacio donde quizás se estén produciendo estallidos de luz que todavía no lograron atravesar la poco menos que infinita distancia que nos separa del fenómeno y por lo tanto seguirán siendo ignorados por un tiempo incalculable. Estos hechos nos indican no sólo la relatividad de esa dimensión que llamamos “tiempo”, sino la imposibilidad de entender el tiempo como algo diferente de la dimensión espacial; es obvio que un observador situado a corta distancia de donde se produce la extinción o explosión de una estrella o de una galaxia percibirá esos fenómenos en un tiempo diferente al observador que se halla aquí en la tierra, en este remoto, aislado, minúsculo –y bien sabemos que estos tres conceptos que acabo de emplear son asimismo relativos– punto del universo.

2. Desde los tiempos bíblicos del libro del “Eclesiastés” (*Cada cosa debajo del sol tiene su tiempo y hay un tiempo para cada cosa*) como también desde el tiempo igualmente lejano en que el poeta Hesíodo escribiera su *Teogonía* y *Los trabajos y los días*, y probablemente desde mucho antes aún, el intento de descifrar la naturaleza del tiempo y la forma en que éste condiciona la existencia humana, así como todos los fenómenos del universo tanto como el universo mismo, ha sido persistente objeto de indagación de la filosofía, del arte (recuérdense algunas de las pinturas de Dalí, de De Chirico, de Tanguy, por citar sólo algunos de los más recientes), de la literatura y por supuesto de la ciencia. Sin embargo, aun los más recientes descubrimientos sobre el origen, la composición y la estructura del universo, incluidas las teorías de la relatividad, el *big-bang* y el *big-crunch*, la física cuántica, la teoría del caos y la más reciente *string theory*, admiten la dificultad de dar una definición abstracta del tiempo (“It is difficult to give an abstract definition of time”, dice literalmente Brian Greene, autor de *The Elegant Universe – Superstrings, Hidden Dimensions, and the Quest for the Ultimate Theory*), más allá de la formulación generalmente aceptada de que tiempo y espacio constituyen una única dimensión de la realidad física, o que aquel constituye la cuarta dimensión del espacio, y de la constatación vivencial, psicológica o existencial de que el tiempo es una realidad en nuestra vida que se manifiesta a través no sólo del envejecimiento, sino de la duración de lo vivido, lo soñado o lo imaginado en nuestra memoria y la persistencia de la identidad personal en nuestra conciencia.

3. El tema de esta presentación, en medio de unas Jornadas en que estamos considerando las interconexiones entre la Literatura, las Humanidades y las Ciencias, es examinar de qué manera, un bien conocido escritor inglés, John Boyton Priestley, narrador, hasta cierto punto ensayista, pero sobre todo dramaturgo, se propuso explorar el misterioso efecto del tiempo sobre la existencia y el destino humanos. La elección no es casual, porque yo mismo me considero también un narrador y dramaturgo, y Priestley ha estado desde mis lejanos intentos literarios entre mis autores favoritos. Al abordar la obra de este escritor, y en particular sus llamadas "tres piezas sobre el tiempo", no puedo dejar de lado mi convencimiento de que Priestley, al margen de su interés y su respeto por todo lo que la ciencia pudiera explicar sobre la naturaleza de eso que llamamos "tiempo", buscaba algo más, respuestas que estuvieran más allá del ámbito estrictamente científico y que tal vez se encontraran en el mito, en la metafísica, en la poesía e incluso en ciertas formas de conocimiento consideradas esotéricas. Y esto fue así, porque para él la indagación sobre el tiempo excedía la especulación propia de la ciencia, de la física y la cosmología en particular, sobre los orígenes del universo, la irreversibilidad de los fenómenos naturales y la relación entre el tiempo y el espacio, orientándose en cambio hacia las cuestiones relativas a la existencia humana y su incierto destino en el más allá, y particularmente en las piezas teatrales sobre el tiempo que son el objeto nuclear de este trabajo. Especialmente, sobre los fenómenos que podemos *grosso modo* llamar "anticipatorios": la posibilidad de adelantarnos al devenir del tiempo e incluso de desviarnos, por decirlo así, del riguroso curso temporal para introducirnos en un rumbo misterioso en el que pasado, presente y futuro dejan de ser coordenadas inamovibles e inalterables, y nuestra conciencia o bien se retrotrae a lo vivido en una existencia pretérita —algo de lo que a veces se manifiesta en la experiencia del *déjà vu*— o bien se interna en el territorio de lo desconocido, resolviendo el indescifrable acertijo que nos plantea el futuro. Como veremos más adelante, Priestley, para conjeturar sobre estas hipotéticas dimensiones del tiempo, recurrió fundamentalmente a dos autores que sin duda estimularon su imaginación, aunque la obra que ambos produjeron no puede considerarse rigurosamente científica. Estos dos autores son John William Dunne (1875-1949), cuyas publicaciones incluyen *An Experiment with Time* (1927), *The Serial Universe* (1934), *The New Immortality* (1938), *Nothing Dies* (1940), e *Intrusions*, publicada póstumamente en 1949, y sobre todo P. D. Ouspensky (1878-1947), "un periodista, autor y conferencista ruso" —así lo describe el propio Priestley— cuya principal obra y de la que Priestley toma casi todo lo que expone en sus piezas teatrales, en particular la idea de la "eterna recurrencia", es *The*

New Model of the Universe (1931). Más sobre Dunne y Ouspensky tendrá que ser dicho al referirnos a estas ideas sobre el tiempo.

4. Aunque la edición tanto en español (Losada, Buenos Aires, 1958), como en el original inglés de las cuatro piezas reunidas en el volumen distinguen a “Ha llegado un inspector” (*An Inspector calls*), de las llamadas “tres piezas sobre el tiempo”, a saber: “Esquina peligrosa” (*Dangerous corner*), “El tiempo y los Conway” (*Time and the Conways*), y “Yo estuve aquí una vez” (*I have been here before*), pienso que la exclusión de esta primera pieza de las otras tres no corresponde (si bien es cierto que Priestley mismo avaló esta separación), porque ésta es también una pieza sobre el tiempo, en el que el aspecto específico del mismo que se trata en la obra es algo que podríamos llamar “anticipación”. Un inspector llega a casa de los Birling, una aristocrática familia de la sociedad inglesa, e inicia una investigación a propósito del suicidio por envenenamiento de una humilde mujer con quien cada uno de los miembros de esta familia ha tenido algo que ver, aunque ellos lo ignoren. El interrogatorio prueba que de una forma u de otra, involuntariamente o no, cada miembro de la familia ha sido responsable de un acto que provocó el suicidio de la mujer. El inspector se marcha dejando profundamente alterado el estado de complaciente paz y seguridad en que vivía la familia, pero las dudas surgen sobre si ese individuo que irrumpió dramáticamente en sus vidas es un verdadero inspector o no, y cuando Arthur Birling, el dueño de casa, se propone indagar al respecto, las dudas se confirman: tal inspector no existe. La paz parece retornar al hogar de los Birling, pero antes de que caiga el telón suena el teléfono, y alguien anuncia que un inspector se dirige a esa casa en relación con el caso de una mujer muerta por envenenamiento, con lo que el recurrir del tiempo parece ponerse en marcha nuevamente.

Priestley ha dejado constancia de no sentir especial predilección por *Esquina peligrosa*, la primera de las tres llamadas “piezas sobre el tiempo”, sin embargo, mi opinión personal es que la obra no sólo funciona bien teatralmente, sino que especula con una hipótesis específica respecto al desarrollo del tiempo que no aparece en las otras: “...no puede entenderse correctamente la acción de *Esquina peligrosa* –afirma Priestley en una nota previa a las tres obras– si no se comprende que en ella acepto la posibilidad de un corte en el curso del tiempo, de manera tal que a partir de un momento dado se ponen en movimiento dos series alternativas de sucesos” (Priestley 79). Esto ocurre cuando en una reunión de amigos en que se acaba de escuchar la detonación de un revólver proveniente de una comedia radial, la conversación deriva hacia el posible suicidio (que pudo ser asesinato) de uno de los miembros del grupo; la discusión que provoca ese

tema da lugar a una serie de enfrentamientos y acusaciones que fracturan la unidad del conjunto, hasta que uno de sus miembros amenaza también con el suicidio, se marcha hacia la habitación donde guarda un revólver, y a continuación, en medio de la oscuridad en que ha quedado el escenario, se oye un disparo. Cuando las luces vuelven a encenderse, advertimos que en realidad ese disparo es el de la comedia radial que se escuchó al principio, y toda la situación retorna a la escena inicial, repitiéndose textualmente cada parlamento. Priestley llama a este recurso a la vez escénico y filosófico, "corte en el tiempo", o, tal como he mencionado en la cita anterior, la posibilidad de que el desarrollo temporal se abra en dos series o rumbos excluyentes uno de otro.

En *El tiempo y los Conway*, la obra se inicia una noche de otoño de 1919, cuando Kay, la protagonista, celebra su vigésimo primer cumpleaños. Es ambiente de fiesta, toda la familia está reunida, se preparan charadas para alegrar la reunión, la señora Conway promete leer las cartas para predecir lo que será sin duda un feliz futuro para cada uno de los presentes; es decir, cada miembro de la familia y sus allegados realizarán sus sueños: Kay se convertirá en una gran escritora; Magde, una exitosa dirigente socialista; su hermana Hazel, bellísima, sin duda conseguirá el mejor partido posible; Carol es una precoz actriz; Robin, joven y buen mozo, viste orgullosamente el uniforme de la RAF; Alan es el natural jefe de familia tras la muerte del padre, y así los demás. Apenas un delirio fugaz ensombrece el rostro de Kay cuando rememora a su padre y dice a su madre que "de alguna manera misteriosa... él sabía lo que iba a ocurrir". "¿Sabía qué?" pregunta la madre. Y Kay responde: "Alan cuenta que algunos de los soldados que iban a morir en las trincheras parecían darse cuenta a veces de que estaban al borde de la muerte; como si una especie de sombra cayera sobre ellos. Como si... una que otra vez... pudiéramos ver más allá..., en el futuro" (156). Esta premonición parece influir en el ánimo de Kay, ya que el primer acto culmina en una semi penumbra, con ella sentada a la ventana y el pálido resplandor de una luna lejana plateando su cabello.

Cuando se abre el telón para el segundo acto han pasado veinte años. Carol ha muerto; Kay ha relegado sus sueños para convertirse apenas en una redactora publicitaria; Hazel, hermosísima entonces, se ha casado con el hombre a quien odiaba, que ahora la domina; Robin se ha convertido en un bebedor y un fracasado; Alan ha envejecido prematuramente; problemas financieros han arruinado a la señora Conway, y ahora la familia, casi toda dispersa, se reúne para resolver la venta de la casa y hacer frente a las penurias económicas.

La sorpresa para el espectador sobreviene cuando se abre el telón para el último acto. Estamos nuevamente en 1919, otra vez en el cumpleaños de Kay, el día ha terminado y la familia se prepara para darse las buenas noches. La señora Conway siente la tentación de hacer una nueva lectura de las cartas, pero Kay rechaza la idea, aunque no puede dar ninguna explicación racional de ese rechazo. En el comentario preliminar a las tres piezas sobre el tiempo, Priestley recuerda que “algunas personas sencillas han declarado que en esta pieza hay mucha bulla para nada, que se reduce a representar el tercer acto en lugar del segundo y éste al final” (80). Priestley lo considera una crítica ridícula, y explica que el segundo acto “es un atisbo del futuro por Kay”, y recurriendo a la teoría del serialismo que ha tomado de Dunne propone que el “observador dos” de Kay ve lo que ocurrirá después al “observador uno”. Remitiéndose al final del primer acto, continúa: “Sola, tranquila después de una gran excitación, mientras escucha soñadora la música, la muchacha tiene la visión de una escena del futuro, y el segundo acto es esa visión” (80). Al final del segundo acto, hay un formidable diálogo entre Kay y Alan, en el que la muchacha le dice a su hermano (téngase en cuenta que en ese acto ambos han pasado los cuarenta años):

Acuérdate de lo que alguna vez fuimos, y de lo que pensamos que llegaríamos a ser. Y ahora esto... Y es todo lo que nos queda, Alan... Somos nosotros. Cada paso que damos, cada segundo del reloj... es peor y peor. Si esto es la vida ¿para qué sirve? Hubiera sido mejor morir, como Carol, antes de descubrir la verdad, antes de que el tiempo se pusiera a destrozarte... En el universo hay un inmenso demonio, Alan, y lo llamamos Tiempo. (203)

A lo que Alan responde recitando un poema de William Blake que termina con estos versos: “El hombre fue creado para la alegría y el dolor/ Y cuando llegamos a saberlo de verdad/ Vamos seguros por el mundo”. Y luego agrega: “El tiempo es sólo una especie de sueño, Kay. Si no fuera así, tendría que destruirlo todo (...) el universo entero (...) y luego rehacerlo a cada décima de segundo. Pero el tiempo no destruye nada. Simplemente nos mueve, en esta vida (...) desde una mirilla a la siguiente”. Y luego, dos parlamentos más abajo, Alan expone una síntesis de la teoría que Priestley ha tomado prestada de Dunne para esta obra, aquello que mencionamos antes como el “observador uno” y el “observador dos”.

Lo esencial —dice Alan— es que, en este momento o en cualquier momento, somos solamente un corte transversal de nuestro ser real. Lo que *realmente* somos es la longitud total de nosotros mismos, de nuestro entero tiempo, y cuando llegamos al fin de esta vida, todos esos seres,

todo nuestro tiempo serán *nosotros* (...) el verdadero tú, el verdadero yo. Y quizás entonces nos despertaremos en otro tiempo, que será tan sólo otra clase de sueño (203-204).

La obra cierra cíclicamente este salto del tiempo que ocurre en el Acto Segundo, porque al final de la misma, otra vez en 1919, Kay vuelve a tener una ínfima visión del futuro y le ruega a Alan que le repita aquello que le dijo una vez, cosa que Alan no puede entender ni recordar, y que sólo Kay apenas vislumbra, porque ese diálogo entre ambos ocurrió en el futuro, veinte años más allá de la ingenua felicidad que ambos viven en ese momento.

Esta es probablemente la obra más poética, más hermosa y sutil de J.B. Priestley, y más allá de la intrincada teoría de Dunne, que es la que desde el punto de vista filosófico sirve de sustentación para la pieza, según la cual "cada uno de nosotros es una serie de observadores en series correspondientes de tiempo, y sólo en cuanto *observador uno* puede decirse que morimos, pues los observadores subsiguientes son inmortales" —más allá de esta teoría en la que se puede creer o no, decía, dependiendo de la disposición filosófica, religiosa o mística de cada uno, lo que sí me parece cierto y conmovedor es que Priestley logra con gran delicadeza hacernos reflexionar sobre la acción destructiva del tiempo, pero también sobre la posible redención que hagamos del mismo, para no caer en la pura desesperación y creer que el devenir de la existencia es sólo deterioro, dolor y decadencia, sino que, como reza el poema de William Blake, el ser humano "fue creado para la alegría y el dolor", y cuando aprehendemos esta noción "vamos seguros por el mundo" (80).

En la última de las tres piezas sobre el tiempo, *Yo estuve aquí una vez*, Priestley trata directamente por lo menos con una de las teorías sobre el tiempo que expone P. D. Ouspensky en su libro *The New Model of the Universe*, que como se recordará fue publicado en 1931. La trama de la obra es relativamente simple. Un viejo profesor alemán, el Dr. Gortler, llega a una posada en el condado de North Yorkshire durante los días de Pentecostés en busca de alojamiento. A ese lugar y en ese mismo día vendrán también a alojarse Walter Ormund, un rico industrial de la región, su esposa Janet, mucho más joven que él, y el profesor Oliver Farrant, quien está al frente de un colegio financiado gracias a la generosidad del señor Ormund. Farrant y Janet Ormund se enamoran súbitamente, algo que podía preverse, y en muy corto plazo ella decide abandonar a su marido, lo que aparentemente acarrearía desdichas para todo el condado, puesto que Farrant perdería su puesto, el señor Ormund dejaría de contribuir para otras causas necesarias para el bienestar de la región, etc., etc. Es entonces cuando interviene el Dr. Gortler, quien llegó a esa posada a raíz de una

visión ocurrida en sus sueños en la que se le aparecían todos esos acontecimientos y el fatal desenlace de los mismos, ya que, según el sueño, ni siquiera la nueva pareja de enamorados alcanzaría la felicidad. El Dr. Gortler logra convencer a todos de que su sueño fue una verdadera percepción ultrasensorial del futuro y les insta a evitar las consecuencias catastróficas de lo que está por suceder. Y es entonces cuando, en el mejor estilo de Hollywood y sus previsibles *happy ends*, Priestley decide solucionar todo el enredo: el señor Ortmund, en un imprevisible gesto de generosidad, renuncia a su mujer, permite que ella y Farrant construyan una nueva pareja, abandona la idea del suicidio que por un instante pasó por su cabeza, mantiene sus compromisos financieros con el colegio y el resto del condado, etc., etc., y todo vuelve a su cauce normal con algunos cambios sustanciales en la vida de esos tres personajes. Priestley dice en el prólogo ya antes citado no creer en la teoría circular o de la *eterna recurrencia* del tiempo y la idea de que podemos *interferir* en ese tiempo, que expone Ouspensky en su libro, si bien el Dr. Gortler, en la pieza teatral, se esfuerza en convencer a sus interlocutores de que "...repetimos nuestras vidas, con algunas variantes, una y otra vez", aunque precisa aclarar después que:

No giramos en un círculo. Eso es una ilusión, tal como el girar de los planetas y estrellas en sus órbitas es una ilusión. Nos movemos a lo largo de una huella en espiral. El viaje de la cuna al sepulcro no es en absoluto el mismo cada vez. En algunos casos las diferencias son pequeñas, y en otros son importantes. Partimos del mismo camino pero a lo largo de él podemos elegir nuestras aventuras (...) Lo que ya ocurrió antes... quizás muchas veces, volverá probablemente a ocurrir. Por eso algunas personas pueden profetizar lo que va a suceder. No ven el futuro, según lo piensan, sino el pasado, lo que ya ocurrió. Pero algo nuevo puede suceder. (502)

Y finalmente el Dr. Gortler, para sentar la premisa fundamental de su teoría, le dice al señor Ortmund: "Si mi teoría es correcta, se encuentra usted ahora en la insólita e interesante posición de un hombre que está entrando en una nueva huella del tiempo, como un hombre que de pronto naciera en un extraño mundo nuevo" (503). Es decir, volviendo a Ouspensky, el tiempo es circular, hay una eterna recurrencia, repetimos innumerables veces la misma existencia, pero algo o alguien pueden *interferir* en ese círculo vicioso y lograr que los acontecimientos cambien para bien, de modo que el círculo se convierta en una espiral ascendente.

5. Seguramente se percibirá que todo esto tiene resonancias de las conocidas doctrinas del *karma*, la reencarnación e incluso la transmigración de las almas que aparecen en varias de las religiones orientales, y de hecho P. D. Ouspensky se alimentó de esas doctrinas, y su libro es una heteróclita

mezcla de lo que él llama “Esoterismo y pensamiento moderno”, la idea de la cuarta dimensión, la filosofía nietzscheana sobre el superhombre, el cristianismo y el Nuevo Testamento, el yoga, el estudio de los sueños y del hipnotismo, el misticismo experimental e incluso el simbolismo del Tarot (algo que no fue del todo ajeno al psicólogo Carl Gustav Jung) para desembocar finalmente en su propuesta de “un nuevo modelo del universo” fundamentado en una atenta lectura de las teorías de Einstein sobre la relatividad, la física cuántica y la definición de la *eterna recurrencia* y las leyes de Manu. Mi impresión personal es que Priestley no tomó demasiado seriamente las teorías de Ouspensky sobre el tiempo (aunque sí algo más seriamente las de Dunne), pero su afán indagatorio a propósito de este tema para él esencial le llevó a explorar todas las posibles teorías y elucubraciones más allá de las relativamente escuetas especulaciones que la experimentación científica nos ofrece sobre el tiempo. Hasta tal punto Priestley estaba obsesionado con este tema, que su búsqueda no se limitó a las piezas teatrales que acabo de reseñar, sino que escribió un extenso y minucioso ensayo titulado *Man and Time*, publicado por Aldus Books Limited, London, 1964, y reeditado por Crescent Books, New York, en 1989. Este libro, lujosamente impreso y repleto de grabados e ilustraciones, puede considerarse una investigación comprensiva y hasta cierto punto exhaustiva sobre el tiempo y la forma en que éste afecta a la existencia humana, en la que Priestley no desechó ninguna información ni teoría que de una u otra forma tratase con el tema, y de ahí la inclusión de la obra de autores como Dunne y Ouspensky, independientemente del crédito que esas obras le inspirasen, aunque es lógico suponer que algo debieron impresionarle, por lo menos desde el punto de vista literario, hasta el punto de que sirvieran de fundamento filosófico para sus piezas teatrales sobre el tiempo.

6. En este ensayo, Priestley comienza por examinar las ideas que existieron sobre el tiempo en la antigüedad, los recursos inventariados para la medición del tiempo, las imágenes que la metafísica y la literatura produjo sobre el tiempo, desde Heráclito, Pitágoras y los demás presocráticos, pasando por Shakespeare, Lewis Carroll, Emerson, Carlyle, Virginia Woolf, hasta llegar a un poco conocido –por lo menos para mí– John McTaggart, quien en su obra *The Nature of Existence*, tanto como su sucesor, Dr. M. F. Cleugh en *Time and its importance in Modern Thought* concluyen por afirmar la sola apariencia o irrealidad del tiempo. Pero Priestley concede también extensa atención a todo lo que la ciencia, en particular las teorías einstenianas de la relatividad especial y general y la física cuántica tienen que decir sobre el tiempo, de modo que la premisa de

que el tiempo no tiene un valor absoluto, tanto como las nociones de *time dilation* o dilatación del tiempo y la relatividad del movimiento respecto a la duración temporal están incorporadas a su reflexión sobre el tema. Una breve cita de Rudolf Minkowski, en relación con la contribución que éste hiciera a la teoría de la relatividad, es particularmente ilustrativa: “De ahora en adelante –dice Minkowski– espacio y tiempo perderán su independencia y sólo la unión de ambos será real” (1989, 99). Un par de páginas más adelante, Priestley reproduce otra cita, esta vez tomada del libro de K. Godel, *Relationship Between Relativity Theory and Idealistic Philosophy*, en que el autor expone: “Uno de los aspectos más interesantes de la teoría de la relatividad para aquel a quien le importa la filosofía, consiste en el hecho de que la teoría proporcionó nuevas y sorprendentes ideas (*insights*) sobre la naturaleza del tiempo, de esa misteriosa y contradictoria substancia que, por otra parte, parece formar la base del mundo y de nuestra propia existencia. El mismo punto de partida de la teoría especial de la relatividad consiste en el descubrimiento de una nueva y sorprendente propiedad del tiempo, principalmente la relatividad de la simultaneidad, lo que en gran medida implica la relatividad de la sucesión. La afirmación de que los sucesos A y B son simultáneos (y para varios tipos de sucesos pares también la afirmación de que A ocurrió antes de B) pierde su significado objetivo, en tanto otro observador, con el mismo grado de veracidad, puede afirmar que A y B no son simultáneos (o que B ocurrió antes de A)” (101).

7. Todo esto parece llevarnos a plantearnos de una nueva manera las nociones tradicionales de pasado, presente y futuro que tienen que ver con el sentido direccional del tiempo y la consecuente irreversibilidad de los sucesos, algo que estaba en el centro de las preocupaciones de Priestley, sin duda alguna. Buscando referencias más autorizadas a estos enigmas que nos propone la ciencia respecto del concepto prevaleciente hasta no hace mucho sobre la naturaleza del tiempo, recurrí a tratados como el muy difundido *A Brief History of Time*, de Stephen Hawking, el más reciente *The Elegant Universe*, de Brian Greene, e incluso una mínima enciclopedia sobre *Physics, Astronomy, and Mathematics*, donde se incluyen artículos de autores como Albert Einstein, Werner Heisenberg, Freeman J. Dyson, Max Plank, Bertrand Russell y el ya mencionado Stephen Hawking, entre muchos otros. A pesar de los atisbos que algunos de estos autores nos proponen –el caso de Stephen Hawking, por ejemplo, en relación con la relatividad de las nociones de pasado y futuro teniendo en cuenta la velocidad y el ámbito de difusión de la luz– y a pesar de que las explicaciones e incluso los resultados experimentales abundan, el enigma y la naturaleza última de esa realidad que llamamos tiempo persisten, y esto

podría servir como explicación de que Priestley, en su búsqueda incansable por descifrar ese misterio, no se haya conformado con la única visión que la ciencia puede darnos del mismo, sino que se aventuró a recurrir a algunos exponentes del conocimiento esotérico como P. D. Ouspensky, su maestro y precursor, G. J. Gurdjieff, y algunos de sus sucesores como Maurice Nicoll (*Living Time*, 1952), J. G. Bennet (*The Dramatic Universe*), el ya mencionado John William Dunne, e incluso H. G. Wells y su breve tratado sobre el futuro *Mind at the End of its Tether*.

8. Supongo que después de todo lo dicho se puede inferir que también para mí el misterio del tiempo tanto por su acción sobre el ser humano y en relación con la existencia, como por los enigmas que plantea en cuanto al origen, naturaleza y futuro del universo, constituyen una preocupación esencial. Hace unos cuantos años, siendo estudiante de filosofía, me encontré por primera vez con Henri Bergson, y desde entonces me apropié de su concepto del tiempo como aquella energía o *elan* que atraviesa todo lo creado y que se nos manifiesta subjetivamente en nuestra conciencia como *duración*. Más recientemente, la teoría del caos y su vinculación a la segunda ley de la termodinámica me permitió incorporar la noción de que la naturaleza y todo lo que existe es un aumento del desorden y que de alguna manera habitamos y/o retornamos a un universo entrópico, lo que podría implicar la posibilidad de la reversibilidad del tiempo, como si el devenir de la existencia —desde la niñez hacia la juventud, la madurez y la vejez— fueran un proceso recesivo en lugar de una implacable inmersión en ese abismo sin límites ni tiempo que es la nada.

A continuación, permítaseme un acto de verdadera inmodestia al citar una página de mi novela *Cuarteto* que pienso tiene mucho que ver con todo lo dicho hasta el momento:¹

Al colgar el tubo reflexioné en que esa analogía con los procesos químicos surgida en la conversación con Anne venía perfectamente al caso. Durante esos dos años sin vernos, algo debió ocurrir en la alquimia de nuestras emociones, sentimientos, secreciones internas, deseos, expectativas, impulsos o pulsiones. Después de todo, el ser humano no es más que una probeta o un tubo de ensayo en incesante combustión, sometido a las condiciones de su metabolismo, a la mezcla particular de humores o cualquier otra especie de ingredientes presentes en un momento dado en su organismo. La continuidad psíquica del yo, la

¹ Durante el desarrollo de las Jornadas durante las cuales se leyó este trabajo tuvo lugar la presentación de la novela del autor *Cuarteto*, publicada en esos días en Montevideo. (N. del E.)

persistencia de la identidad, es fundamentalmente un problema de índole filosófica. ¿Por qué soy yo el mismo que fue ayer? ¿Cómo sobrevive nuestra precaria identidad, la persistencia de nuestra conciencia, a ese salto en el vacío que supone el tránsito de un instante al otro? La substancia del ser persevera en sí misma, había dicho Spinoza con palabras que no eran exactamente esas; esa continuidad aparentemente indivisible de la conciencia seguía siendo el enigma mayor de la existencia, el misterio o secreto indescifrable del fenómeno humano. La conciencia de sí, la reflexión al volverse sobre el flujo del propio pensamiento y captarse, reconocerse, recuperar o apoderarse en un salto mortal de esa identidad que se desvanece y recompone en cada fracción infinitesimal del tiempo, suponiendo que el tiempo sea un continuo indivisible y no una emisión de partículas más rápidas que la luz, pero tan autónomas, libres, independientes, capaces de elegir su rumbo subatómico como los fotones de la física cuántica. Ese problema planteado ya en Demócrito y en Heráclito de Efeso, formulado en la duda cartesiana, en el compromiso final entre fenómeno y noumeno a que arribaba la crítica de Kant, en la disolución escatológica del individuo en el espíritu universal de Hegel, el *Weltgeist*, el *Sein und Zeit*, el ser-para-la-muerte de la filosofía existencial de Heidegger. Éramos innumerables *yo* en el curso de una breve existencia, y la condición propia del ser humano, su maldición y pesadilla era la capacidad de replegarse sobre sí y adivinar, presentir o conocer la ilusión o disolución del instante huidizo, la fugaz zambullida en la nada, el salto en el vacío, la inmersión en el amnios de un onto huero, fugitivo y ausente, antítesis del pletórico ser parmenídeo, el desmoronamiento de la identidad, la precaria reconstrucción intermitente en el flujo del tiempo y el residuo de escombros que dejábamos, túmulo cinerario que prefiguraba, día a día, segundo a segundo, nuestra muerte. El animal, quizás, no sabía nada de esto, se sobrevivía por instinto, por un impulso irracional, porque estaba mucho más cerca del ser de la naturaleza que su hermano de raza, el *homo sapiens sapiens*, porque eludió para su bien la opción del pensamiento, porque nada quiso saber de la conciencia, trampa mortal, ese oscuro, acechante, traicionero enemigo. (Conteris 260-261).

Bibliografía

- Conteris, Hiber. *Cuarteto*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2007.
- Ferris, Timothy (editor). *Physics, Astronomy, and Mathematics*. New York-Boston: Little Brown and Company, 1991.
- Greene, Brian. *The Elegant Universe*. New York: Vintage Books, 2000.
- Hawking, Stephen. *A Brief History of Time*. New York: Bantam Books, 1990.
- Ouspensky, P. D. *A New Model of the Universe*. New York: Vintage Books, 1971.

Priestley, J.B., Teatro: *Ha llegado un inspector – Tres piezas sobre el tiempo: Esquina peligrosa, El tiempo y los Conway. Yo estuve aquí una vez.* Buenos Aires: Editorial Losada, 1958.
Man and Time. New York: Crescent Books, 1989.